

La noche en que extrajimos el fuego de las culebras

Rayado

Ha tocado la cadena del Helicoide, tan cerca de Petare y del tejado cubierto de guacamayas que la neblina permite oler el tabaco inerte situado en la boca de las bestias. Chorrea el humo escarpado para desprenderse del ladrillo, aquí todo se desprende, incluso la orquídea y las culebras con alas de murciélago desprenden las hojas muertas del foso de Caracas. Hoy ejecutan a Natividad Campos por desear el valor que convierte a los civiles en terroristas sanguinarios, carnílices o insurgentes: la libertad. No sabe si existe tal ambición o qué es lo que lo ha hecho humano, pero, sin duda, la trayectoria de aniquilación fría y cavernaria existe, se aproxima. Vislumbra las rejas insondables, a la candela esculpir el paisaje del calabozo y a los manifestantes presos custodiados por un integrante de la Policía Nacional Bolivariana cuyo miedo extrae un vapor absoluto: “¿En qué piensan las balas cuándo, en su camino nebuloso sin conjurar lenguaje o espíritu, extirpan el fuego de la criatura sentenciada?”, no es el llamado de la sangre, puede ser el bramido violento de la patria. El tirador posee una estepa en llamas dentro de sus quiméricos ojos, una lluvia de clavos en la mandíbula y carne azul relámpago, aun así, no quiere disparar. Por lo tanto, el arma negra respira rojo tundra de la misma forma en que pronuncia todos los lenguajes, y a su vez, no profesa ninguno.

Esta es la tierra de fuego. La oscuridad es profusa, aquí no ilumina el artilugio de un candelabro, aunque el resplandor fulgurante de las luciérnagas

tendientes a licuar la tiranía de las borrascas, propulse rayos infinitos. Por el claustro pasan las figuras, caminan por el monte muerto, transitan hambrientas, el vacío en el estómago las hace hablar con la guerra y la sublevación, es gracias al cisma de ambos conceptos filosóficos que existe la libertad. Esas proyecciones no saben de filosofía, pero no fraccionan el concepto ni lo reducen. Hablan con el fuego, comen vidrio sin cortarse y conjuran el baile tribal en leña caliente.

Nadie nace por estos fogones artificiales, ni siquiera los presos han nacido en este hocico cubierto de jaulas pese a brindar un aspecto de golondrina en la hierba, todos son invocados en concepto de espíritus sin forma natural, son apenas machetes con manos reproduciéndose en el monte magnífico; sin embargo, en cuanto comen para adquirir lo humano, son ratas de color pluma de cóndor a medio morder que imitan la personificación de la batalla y la sublevación con la misma furia de lanza mitad polvareda, mitad corte en forma de diente. Por más que los aprisionen, que los maten en el humo; la llanura porta sus rastros de contienda, así como los manglares llevan los nombres escritos en araguaney de madera filosa. De este modo, la libertad puede ser una invocación holística, una sustancia o una esencia; debe ser un cuerpo, un ser metafísico, la misma reja del penitenciario o un perro cerril.

Natividad Campos ya habló de la cadena. Decide volver a manosearla, interpreta su material: está hecha de partes humanas, partes de autofagia parecida a retajos de mortalidad. Siente algo hirsuto, se convierte en cuerno de camaleón, vuelve a su forma original, se alterna. Además de Natividad, un policía con porte de legado guajiro pisa el territorio de fusilamiento por negarse a disparar a los estudiantes de la nación como los pumas disparan sus

colmillos para cazar, pero eso no es una cacería, es una matanza dentro de la calle abisal donde ya no florecen orquídeas; en cambio, crecen bestias metálicas, se difunden dioses de pólvora. De acuerdo con las palabras del tirador, traen a un militar al cerro para quemarlo. El hombre ya cubierto de gasolina, ruega conservar el uniforme de su facción. Es una condena injusta para alguien costeño gestado en el mar de Ocumare que desenterró a los jóvenes caídos de hace nueve años y trazó los miles de nombres en el pico de la ancestral águila blanca y en las selvas sobre el piélago. El sr. Altofuego dice que los jóvenes venezolanos se transmutan a los rayos del Catatumbo cuando de ser libres se trata, son una tormenta eléctrica proclive a caminar a través de los clavos sin cortarse, y los rayos del Catatumbo no mueren, buscan la libertad como la busca alguien preso. Altofuego aborrece recordar, pero toca la turba de los militares poco después de la explosión del Fuerte Conopoima. Puede escuchar el disparo del cañón, así como escuchaba a las serpientes en la floresta. En los barrios de Maracay se habla lucumí para que las deidades africanas nunca permitan la muerte de sus hijos audaces. Allá todo es de cuero, tambor y colmillo de reptil, el teniente Altofuego lo atestigua, es un maracayero rajado; por lo tanto, debe ser asesinado en Maracay, no subsiste mejor terreno para nacer y morir que por donde vuelan los gavilanes escupiendo girasol quemado sobre el cañaveral de víboras. Es propio del humo recordar, por eso torna su cabeza a la sombra de Natividad Campos, ambos experimentan la proyección sanguinaria de la opacidad del proyectil con sus fisuras maquinales, es más un eclipse de bestia bífida que de fusil, así se figure ser niebla primitiva de redentor.

—Yo fui un dios ubicuo, poderoso. Era yo quien tenía el arma, la potencia en mis manos, dominaba el disparo al cielo— musita el teniente Altofuego—. Era idéntico a bajar a los espíritus de la montaña.

—Tal como indio sin flecha no es indio, militar sin soberanía no es militar— articula Natividad Campos con recelo, su voz se vuelve tétrica similar a la ceniza de una fosa—. Teniente Altofuego, usted es un hombre soberano.

— ¿Cree en —divisa a los presos duplicar sus brazos para huir del aliento rígido del calabozo— la libertad, joven Campos?

—Esos estudiantes creen en la libertad al cruzar los colmillos de acero con sus extremidades, al menos sus dedos orquestados por uñas negras pueden palparla. —Toca el crepitar del polvo en la suela, absorbe virutas de aire que se solapan con la médula de las mariposas azules—: Si usted y yo estamos en la mira de la facción de fusilamiento es porque nos rebelamos en contra de los tanques acorazados.

—Moriremos por creer en la libertad de elegir a nuestros gobernantes.

— ¡Moriremos!

Ojalá permitan que se queme la cumbre de la loma en mil fogatas sujetas a multiplicarse con el eco cavernoso de la pupila del matón. Se mantienen perchados en la púa de alambre, el plumaje pardo con la cola de ojos azules, picotean los cables de electricidad, rasguñan el vidrio carcelario. Vendrán a comerse la corona de ascuas, los cardenales y los pavorreales, dentro de los muros de la prisión cuyo propósito es garabatear un legendario y mítico rastro.

Las criaturas que bajaron el monte por la libertad en corceles de hierro, fusiladas ayer, se han convertido en velas encendidas de un camino ancestral por donde las chicharras grises pintaron el vidrio de rojo al bajar de la maseta rocosa. Todo fue visto desde el rincón más oscuro del patio. Cuando amaneció, en teoría, la quijada de clavos era pura pólvora, la carne no era relámpago ni el ojo un bosque ardiente, era una caverna con espinas que no ha invocado el llamado empírico de la nación. Ese bramido sonó como la garra de un puma rasgando piedras; de esa forma, el alzamiento se convirtió en un derecho constituido, pero antes de eso, no se erigía una cárcel de inocentes, en su lugar, aparecían bosques amarillos con harpías moradas, se satisfacía la yesca del carbón y no había huesos de cera caliente enterrados. El zarpazo de esas garras indicó el honor de morir por la libertad cuya sustancia fue el alma de la vida, esa sentencia perteneció a los maestros de los batalladores, considerados fabricantes de la selva tórrida, por encima de no conservar las espadas ni el corcel blanco.

Los Llanos rompieron su planicie cuando las velas incendiadas dejaron de alumbrar la frontera aquella noche de julio, pero envió lanzas de plomo a Los Próceres, cumbre de rocas que inmortaliza a los milicianos. Poco después de que los indios muriesen, los soldados devolvieron la tierra, el mar y el trueno a los venezolanos, ahora todos son figuras petrificadas que mantienen lo prehistórico.

Encima de los nombres cadavéricos de los insurgentes, se propaga otra manifestación para restaurar la democracia del país. Permanece la ceniza en la calle, este no es el espejo de agua cuyo fondo esconde el tambor y la mordida de serpiente. Lleva en su cráneo cuernos de indígena ancestral, Yanza

Negromonte, quien baila con la cabeza del demonio, sostiene el asta con su calavera mientras marca una cruz en el prado. Emerge del espejo como las onzas salen de la neblina, ella habla el idioma de los guerreros primitivos, también el dialecto de los dioses negros. Marcha, traza la ruta sagrada de pavesa, gobierna el manifiesto de libertad.

—Estamos en guerra con la autocracia— alega Yanza Negromonte—. Hoy sangramos por la revolución. Aunque la furia se extinga, la planicie férvida no olvida a los espíritus guerreros.

—No le debo nada a la patria— anuncia Natividad Campos—. Los revolucionarios no viven para beneficiarse de la revolución.

Se manifiesta una quimera, pero ese engendro patriótico, armado con el pronunciamiento de la muerte, elabora una humareda fértil que se adhiere a los luchadores con la intención de dominar sus carnes. Originarias de dos calles más abajo, se profesan por las palmeras de Los Próceres, máquinas sedientas. Los manifestantes se amotinan en nombre de la justicia al frente de la facción de la Policía Nacional Bolivariana, en contra de sus cascos de guerra y sus pistolas. Predomina la pólvora en el ecosistema, los tanques avanzan cual bruma en el crepúsculo. Asesinados por sus hermanos de territorio, aparecen jóvenes muertos en la calzada, pero ellos no pueden ser compatriotas de criaturas deformes cubiertas de un sádico y maquinal orgullo, las cuales propagan costras y sarna. Son un fuego que carga machetes, un fuego que no derrite ni calienta, no inflige más que una grieta a un desarmado. La naturaleza es el arma de esos gladiadores, los respalda su voz, la tierra y el monte, el rayo, los turpiales y las orquídeas. Se duplican los perdigones al tiempo que la

facción dispara de una forma tan bestial como ejecutoria que sangran los árboles de fuego, sangran los Libertadores de piedra.

Asevera Yanza Negromonte:

—Seremos libres.

Así como ha bailado con la cabeza del dios nocturno, ha visto a las culebras reptar las matas de mango y a iguanas meterse en un frasco con aguardiente para curar huesos. Existen, donde las chinches picudas con el lomo pintado de puntos amarillos matan pumas de una sola picada, licántropos de escamas verdes manglar, cráneos corroídos y brazos de navaja. Ahora no se les atestigua en las trincheras. Eran cazadores que defendían al pueblo, ya no habitan este campo ni poseen venas sangrientas; no obstante, se ocultan en las cavernas llamadas cuarteles, intimidados por la tormenta eléctrica y la noche, aun cuando los araguaneyes quemantes les piden de forma efusiva que salgan al campo, que ladren al sol en la colina; ya no le sirven al pueblo, menos al rayo que tiembla en el nido de águila clavado en la cumbre andina.

La policía busca a Natividad Campos y a Yanza Negromonte. Una vez el tabaco envuelve a las espigas del riel en Maracay, se palpan los ríos de cuero y los ojos de onza desgarrando las plumas cimarrones dentro de la selva, se evaporan. Se ocultan encima del cedro y del hormigón, hace tiempo que las vigas no han completado la infraestructura salvaje. Todavía se mantienen de pie las lanzas de los caciques, al tiempo que la búsqueda policial cesa, los insurgentes acarician las varas letales. Deben luchar como luchaban los ancestros que mataban navíos, de la misma forma que sus carnes paraban el vómito de las escopetas. Escuchan las espuelas de un gallo venenoso

propenso a afincar sus garras en la arenilla y luego a desenterrarlas. Se tortura al zarpar esos aguijones punzantes, se clava en la ciénaga, en el pararrayo y adquiere la experiencia de los brujos de plomo. Se coronan con las plumas del gallo terroso, con su lágrima rayan el símbolo de la nueva independencia y su pico sirve para ponerlo en la punta del palo que usan para trazar una flecha cuyas costillas anuncian una palabra arcaica propia de cementerio: "*Ominira*", Yanza Negromonte menciona que es el dialecto de la creación, pero mantiene oculto el significado en la penumbra expuesta a traducirlo en el rastro del felino dentro de la cuenca del gallo, de manera similar, se encuentra a lo largo del cuerpo del guacamayo azul. De cualquier forma, todo es un desfile bestial. Ese guacamayo azul respira lumbre, la sustancia del pájaro atraviesa esa pezuña afilada del aire cerca de las cajas con muertos en las cruces del tejado. Hay muchos cráneos: modifican la fachada del caserío, profesan la reencarnación natal con los ladrillos quebrados, pernoctan bajo el plumaje silvestre. En un ala lleva el cobre y en la otra carga el vapor, también los principios de la metafísica, es un pájaro místico enraizado con tapir amazónico. Incumple las leyes biológicas, supera las formas ultraístas que han modificado al ojo humano sin naturaleza. Estalla donde nacen los malandros que filosofan con las pistolas para rayarse, pues, sobre la legendaria bóveda de centellas, la causa de la muerte y de la rebelión es la causa de la democracia y de la inmortalidad, ello produce una sensación metamórfica, un principio de libertad, igual parte de hambre de guerra como de furia.

Ya se orquestó la batalla entre espíritus, ahora se manifiesta el combate de la voluntad en contra de los fusiles, en el mismo lugar donde se fabrican banderas pintadas en el lomo de los perros y los perdigones engendran la

sangre que se escurre en la espalda de los niños. Los especímenes, ciudadanos de Caracas, no suscitan temor alguno, pero son más ciudadanos de un pueblo con apetito de libertad, más ciudadanos de la fiereza y de la lumbre que de Palo Verde. En consecuencia de su regreso a la neblina del tabaco, al cemento cortado de las casas vivas para propagar la candela que baja de la montaña, Yanza Negromonte y Natividad Campos son evidencia carníface de la conciencia de los guerreros ancestrales. Esa candela conoce su capacidad de arder, ese fuego si disfruta de su poder quemante. Las ascuas tocan a los habitantes del barrio mientras ellos descienden en animales de metal y caucho, sin embargo, no los carboniza; el incendio roza al grupo perteneciente a la Policía Nacional Bolivariana, lo arropa y lo chamusca en su tornado contemplativo. En el ambiente, se solidifican los casquillos como manchas de jaguar, asesinan a treinta jóvenes. La voluntad no es oponente para las pistolas, tampoco lo es la furia ni el deseo de libertad. Una llovizna de disparos cae en el ecosistema violento, permanece la pólvora en la brisa, el humo inexorable no se diluye.

Con las radillas en el monte y el cañón del fusil en la cabeza, Yanza Negromonte explica el significado de la palabra elemental de los santos, del dios al que ella proclama “Siete Rayos”, dueño del hacha en la ventisca:

—Libertad.

Cuanto más se quema, el teniente Altofuego más distingue la serranía, ya es emanación selvática, se esparce; es una porción de raíz, es agricultura. Natividad Campos observa al fusilero a tres pasos de él, pide al destello del Catatumbo escribir su nombre en los rayos. Los caimanes del manglar en llamas portan el apetito por la nueva independencia y los samanes rocosos de

La Gran Sabana conservan la furia inacabable de la bestia. Las cuevas más oscuras del penitenciario mordisquean el cartílago de la noche con su hedor, expulsan proyecciones de pólvora rugiente, forjan modificaciones de cadenas que adquieren múltiples envolturas, tanto de ratas como de cuchillos. Habitan en las fosas abismáticas del Helicoide: fauces abiertas de mataballos, siluetas con lubricanes esculpidos e inagotables sogas que extraen a los ejércitos de turpiales del cerro para ejecutarlos.